

¿Qué pecado había cometido mi vecina? lo ignoro. Por más que me devané los sesos, no pude adivinarlo. Recordaba su intensa palidez de la mañana; pero tal palidez tanto podía reconocer por causa el arrepentimiento como el pecado.

El resultado de mis reflexiones, añadió Manuel mirándome, fué que la víspera estuve demasiado atento con ella.

Una hora después, cambiábamos de tiro en Charentón, y yo había leído veinte veces la perfumada carta de mi vecina.

### III

—Ya sabes tú lo que es viajar, continuó Manuel; la novedad de cuanto se ofrecía á mis ojos no tardó en hacerme olvidar á Agustina, y hasta que me encontré en Roma y mientras hacía mis compras, no me acordé de los rosarios que ella me encargara, más para confesarme su pecado que para solicitar de mí un presente.

Compré, pues, unos preciosos rosarios, los coloqué en mi maleta entre otros varios objetos y continué mi viaje.

Una vez en Nápoles, trabé relaciones con Antonia, no recordando para nada que Agustina existiese en el mundo.

Cuando regresé á París en compañía de mi bailarina, envié mis maletas á mi casa de la calle Nueva de los Trinitarios, y me instalé casi *in totum* en la de Antonia.

Muy rara vez pasaba la noche en la primera, y esto cuando mi bailarina al salir del teatro me decía que se hallaba fatigada y estaba hosca como acostumbra estarlo las de su profesión después de las representaciones. Demás debo contar también los días, ó más bien las noches que pasaba en compañía de mis amigos, pues en semejantes ocasiones juzgaba inútil ir á despertar á los vecinos de una casa que no era la mía y á incomodar á Antonia llevándola el vaho del tabaco y del vino de Champaña.

Una noche, á cosa de la una, me fui á dormir á mi casa de la calle de los Trinitarios, y en el instante en que me iba á acostar parecióme que llamaban á la puerta; pero creyendo obra del viento el ruido, no hice caso alguno, cuando por segunda vez y más distintamente volvieron á llamar. Yo, que estaba muy lejos de sospechar quién podía ser el visitante, de pronto creí que Antonia, inquieta, enviaba por mí á su doncella. No erré de poco que digamos: era nada menos que Agustina, la cual iba de bata como la noche que precedió á mi partida.

—¡Cómo! ¡V.! le dije asiéndola la mano.

—Parece que le causa grande extrañeza el verme de nuevo; ¿me creía V. muerta ó me había echado al rincón del olvido? repuso mi vecina, respondiendo á la presión de mi mano con una presión más fuerte de la suya, de flexibilidad eléctrica en aquel instante.

—¿Es esta mano la que escribió la encantadora carta que me envió V. á la administración de diligencias? la pregunté.

—La misma, me respondió sonrojándose.

—Entonces la beso dos veces.

A mi acatamiento, Agustina contestó con una mirada como nunca le viera hasta aquel día, y me preguntó:

—¿Y mis rosarios?

—Ahí están, respondí dirigiéndome adonde estaba la maleta y sacándolos.

—¿Por qué no me los ha mandado V.? Son magníficos y me hubiera placido haberme visto sorprendida antes con ellos, dijo Agustina sentándose.

—Ante todo porque temía que Federico no le preguntase á V. la procedencia de los mismos y á V. la contrariase el decírselo.

—Soy completamente libre de aceptar los presentes que me hacen, replicó mi vecina sonriendo; de consiguiente no vengo obligada á decir por qué los solicito, ni por qué me los ofrecen.

Por los labios de aquella mujer vagaba continuamente una sonrisa igual á la que debía de habérselos contraído al escribirme las dos líneas que te he citado no hace mucho; no era una sonrisa, sino una confianza.

—Si quiere V. que le hable con franqueza, continué, muy rara vez me encuentro aquí y se me habían olvidado los rosarios.

—El amor borra la amistad.

—¿Qué quiere V. decir?

—Que desde que está V. enamorado se ha olvidado de sus amigos.

—Y ¿quién le ha dicho á V. que yo estoy enamorado?

—Todo el mundo.

—¡Pues poco favor me hace el mundo si por entero se ocupa en mí!

—Me lo ha dicho Federico.

—¿Y dónde lo ha sabido éste?

—En el casino.

—¡Yal ¿y qué dicen de mí?

—Que V. se ha traído de Italia una maravilla, me respondió Agustina con ligero temblor de voz.

—Efectivamente, está muy hermosa Antonia.

—¡Ah! ¿la llaman Antonia?

—Sí.

—Es bailarina, ¿no es eso?

—Bailarina es.

—¿Y la ama V. de veras?

—Mucho.

—Con franqueza, ¿la ama V.?

—Por modo imponderable.

Tan no sospechaba yo el objeto que se propusiera Agustina al entrar en mi casa, que ni me fijaba en mis respuestas. Sin embargo, á la última que la dí sucedió un rato de silencio, durante el cual registré de nuevo mi maleta para ver si hallaba alguna otra cosa para ofrecérsela á aquélla.

—Vea V., la dije levantándome y acercándome á mi interlocutora, ¿qué tal le parece esta pulsera de medallas antiguas?

—Muy linda, me respondió casi sin mirarla.

—¿Quiere V. aceptarla?

—Guárdela para Antonia, dijo Agustina con cierta amargura.

Entonces me volví involuntariamente hacia ésta, buscando en su rostro el por qué del tono de su respuesta, y la dije:

—Tómela V. si quiere darme gusto.

—El caso es, repuso aquélla, que para una mujer como Antonia no es bastante bonita.

—¡Ay, amiga mía! repliqué á mi vecina; esta pulsera no reúne otro mérito que el de haber sido comprada en Roma y estar labrada de medallas antiguas. Sé que es V. aficionada á objetos originales, y por eso le ruego que la acepte. Cuanto á Antonia, es bailarina, y como tal prefiere una alhaja que relumbre á otra rara y sin brillo.

—Entonces acepto, me dijo Agustina tendiéndome la mano, que ardía como en la víspera de mi partida.

—Cualquiera diría que está V. febrosa, dije.

—Un poco.

—Es tarde y tal vez le convenga acostarse.

—¿Le estoy incomodando á V.?

—¡Qué locura!

—No importa, me voy. Buenas noches, dijo Agustina tomando su palmatoria.

Yo, á pesar mío, me acordé de la noche en que ésta abandonara mi dormitorio. Por un acaso, muy natural sin embargo, la palmatoria de mi vecina estaba en el mismo sitio que la noche aquella, y yo sentado en mi cama.

Miréla entonces con más atención; aquella aproximación de dos incidentes idénticos después de tres meses de ausencia, me llenó la mente de recuerdos retrospectivos, y aun me pareció que Agustina no salía de mi cuarto con la misma resolución que la vez primera; más, se me antojó que iban á saltársele las lágrimas.

—¿Siente V. alguna pesadumbre? la pregunté.

—Lo más mínimo.

—¿No ha regresado todavía Federico?

—¿No le he dicho ya que él era quien me había comunicado su regreso de V. en compañía de Antonia?

—Entonces ¿qué tiene V.?

—Nada; adiós.

—¿No soy su amigo? le dije asiéndola del brazo, con acento de verdadera amistad y presto á compartir su pesadumbre ó á consolarla en lo posible; venga usted á sentarse á mi lado y cuénteme lo que le pasa.

Agustina colocó otra vez su palmatoria sobre la chimenea, y me siguió sin resistencia.

Yo me senté en mi cama é hice que ella se sentara á mi lado.

—Conque ¿es muy hermosa? me dijo Agustina, mirándome de un modo nuevo.

Hay momentos en que el espíritu se turba tan instantáneamente, que los labios murmuran inconscientemente una frase bajo la cual creemos ocultar lo que sentimos.

—Hablemos, dije á Agustina.

Y al decir esto la ceñí el talle con la mano, y, como tres meses antes, me estremecí al contacto de aquel flexible cuerpo.

Al principio temí que iba á mostrarse arisca; pero no, contentóse con decir:

—¿Si ella le viese á V.!

—Y ¿qué me importa á mí que me vea?

—¿Así, pues, no la ama V.?

—Sí, pero ¿qué importa? añadí fijando ardientemente los ojos en los de Agustina, de los cuales parecía dimanar un rayo de voluptuosidad, como la centella al contacto de dos electricidades.

—¿Qué importa, si V. me ama un poco? continué, envalentonado por aquella mirada.

—Pero yo no puedo ser la amante de V.; de consiguiente vale más que no piense en mí.

Aquel *vale más* me pareció singular; porque demostraba la posibilidad de otra cosa, ya que ella me decía que valía más que tal no sucediese.

No perdí el tiempo en inquirir las causas que podían haber operado semejante cambio; lo único que había era que aquel Federico que se salía de casa de su amante á media noche dejándola en el estado en que la dejaba, me pareció un solemne zopenco.

Con todo, el carácter de Agustina se había determinado por tal modo desde el principio de nuestro conocimiento, que me resistía á creer en una negación tan repentina de lo pasado y no me atrevía á pedirla sino lo que ella me concediese: tanto temía verla huir de nuevo.

—No, murmuró Agustina, decididamente no; déjeme que me vuelva á mi casa; V. me lo aconsejaba no hace cinco minutos; es menester que me vaya; quiero irme... por favor se lo ruego.

Y mientras al parecer forcejeaba para huir de mis brazos, fuese endeblez real, fuese abandono, dejó caer la cabeza en mi hombro; de modo que entre nuestros labios no había sino una distancia de cien mil leguas

salvable en un segundo, y la salvé; pero entonces Agustina se arrancó de mis brazos, diciendo:

—¡Por Dios, déjeme V., déjeme!

Ya era demasiado; cuando una mujer pide que *la dejen*, sería menester haber perdido el juicio para creerla al pie de la letra.

—¡Ah! me dije, caballero Federico, V. se rió de mí cuando me caí por las escaleras; mañana voy á reirme yo cuando V. las suba.

#### IV

Cuanto puedo añadir es que, de pasar otra noche como aquélla, hubiera enloquecido por Agustina y seguídola como un perro á su amo.

Cuando al despertar me vió que la estaba contemplando, mi vecina me echó los brazos al cuello con la indolencia de la fuerza vencida, del deseo satisfecho, de la borrachera extinta, y permaneció largo tiempo en la misma posición.

—¡Oh! ¡te amo! la dije entonces.

—Y yo también, murmuró Agustina con acento del que recobra las fuerzas.

—Vamos á vivir siempre juntos.

—No, me respondió, y aun es menester que olvide usted esta noche cual si nunca hubiera existido.

—¿Qué estás diciendo?

—Digo, Manuel mío, que desde la noche anterior á tu partida y desde el instante en que sentí tus labios en contacto con los míos, el corazón me arde cuando pienso en ti, y que cuando has vuelto acompañado

de esa mujer he experimentado algo como celos. Ya sabes tú que soy franca; pues bien, tu desdén y tu olvido no han hecho sino dar pábulo, no á mi amor, porque eso no es amor, antes locura. Era menester que yo pasase una noche contigo, pues te deseaba con todos mis sentidos; pero cuanto á amarte, no estoy segura de que lo hiciese con todo mi corazón.

—Pero siendo yo como era el mismo hombre que hoy tres meses atrás, ¿por qué me repeliste?

—Hace tres meses, replicó Agustina, saltando de la cama y riéndose, tú no tenías querida, y por consiguiente yo no hubiera podido engañar á nadie; hoy la tienes y engaño á alguno.

Y aquella atolondrada mujer se vistió apresuradamente, dejándome medio atontado en la cama, y al salir me dijo:

—¿Me prometes no decir palabra á quienquiera que sea, respecto de lo pasado aquí entre los dos?

—Te lo prometo.

—Día llegará en que te releve de tu promesa, porque nuestra historia es singular y no podrás menos de sentir necesidad de referirla.

—Está bien, pero ahora prométeme tú que vas á responderme con franqueza.

—Di.

—¿Cuántos amantes has tenido durante tu vida?

—Federico y tú.

—¿No otro alguno?

—Por mi salud te lo juro.

—¿Y tú quieres que todo concluya de esta suerte entre los dos?

—Sí; pero dime de nuevo que hubieras abandonado á Antonia por mí.

—Estoy pronto todavía.

—Gracias, me dijo Agustina, te amo.

Y en dándome un beso, desapareció.

—¿Y después? pregunté á Manuel.

—Después, me respondió éste, después... esto sí que va á parecerle extraño, no he vuelto á verla sino en la escalera, pero mirándome de un modo capaz de hacerme condenar, y luego la otra noche en el baile de la Ópera para el cual me había citado.

—¿Por qué?

—Para relevarme del juramento desde el domingo próximo. Federico casa con ella el sábado.

—¡Que casa con ella! exclamé. ¿Qué te parece á ti de semejante matrimonio?

—Que va á ser dichoso, me respondió Manuel.

## V

Ya sabía yo tres historias; pero, como Vds. ven, sólo dos de ellas con todos sus pormenores, ya que las relaciones de Manuel con Antonia no habían sido sino indicadas en el relato del héroe de estas aventuras.

Apenas mi amigo pronunciara la última palabra de su lance con Agustina, cuando se salió escapado, como para evadirse de las nuevas preguntas que yo pudiese dirigirle. El silencio de que casi hiciera gala respecto de Antonia me pareció que ocultaba algunos misterios de la vida íntima dignos de ser conocidos, y, toda vez que él no me los contaba, hice propósito firme de descubrirlos y de ir á buscar al monstruo en su antro mismo si fuese necesario.

Yo, que conocía el nuevo domicilio de Manuel, pues éste desde que vivía con una bailarina de fama, había creído deber abandonar su modesta habitación de la calle Nueva de los Trinitarios por un fastuoso

piso primero de la calle de Taitbout, algunos días después de mi segundo encuentro con él me fui á su casa.

—¿Por quién pregunta V.? me preguntó la portera.

—Por D. Manuel de...

—No está en casa.

—¿Y su criado?

—Tampoco.

—¿A qué hora puede verse á D. Manuel?

—Viene muy rara vez.

—¿Y su criado?

—Casi nunca está.

—Dispense V., señora, dije mirando á la portera, á quien tomé por loca; pero ¿realmente es inquilino de esta casa D. Manuel?

—Sí, señor, pero puede decirse que no vive en ella.

—Entonces, señora, repliqué con una exageración de finura que debió de dar á la portera buena opinión de mi respeto por la clase á que ella pertenecía, ¿quisiera V. hacerme el favor de decirme cuál es la casa de la que Manuel no es inquilino, pero en la cual vive?

—Lo ignoro, caballero; esto sólo puede decirselo á V. el criado de D. Manuel.

—Pero ¿cómo quiere V., repliqué levantando la voz y algo picado al ver que la conversación empezaba á tomar un cariz de burla; cómo quiere que halle yo al criado si casi nunca se encuentra aquí?

—Si V. no viese inconveniente en decirme cómo se llama y dónde vive, yo me encargaría de decir á Alfonso que fuese á verle á V.

—¿El criado de D. Manuel se llama Alfonso?

—Sí, señor.

Dí mi nombre y dirección, y añadí:

—Recomiende V. á Alfonso que, si no le es de mucho incomodo, vaya á mi casa á decirme dónde podría yo hallar á D. Manuel, pues tengo que comunicarle un asunto importante.

—Vaya V. tranquilo, me contestó la portera.

—Por si Alfonso iba á verme, me encaminé á mi casa; pero trascurrieron ocho días sin que el tal sujeto pareciese.

Entonces me volví á la calle de Taitbout, y pregunté á la susodicha portera:

—¿Se encuentra bien de salud el señor Alfonso?

—Sí, señor, perfectamente, me respondió aquélla, que no me conoció en seguida.

—¿Está aquí?

—No, señor.

—¡Caramba! ¿luego no está nunca?

—Contadísimas veces.

—¿Y D. Manuel?

—Van para quince días que no le hemos visto; pero ¿no es V. el caballero que vino el otro día?

—El mismo á quien prometió V. enviar al señor Alfonso.

—¿No ha ido éste á su casa de V.?

—No le he visto.

—Ya me lo dijo él.

—¿Que no iría?

—Sí, señor.

—¿Por qué?

—Porque dice que le falta tiempo para perderlo tras los amigos de D. Manuel.

—¿Sabe V. que el tal señor Alfonso está sobrado impertinente?

—¿Qué quiere V. es así.

—Conque ¿no hay medio de ver á D. Manuel, ni al señor Alfonso, ni de saber dónde hablar con el uno ó con el otro?

—Si V. me promete no descubrirme, yo sé dónde puede V. hablar con el señor Alfonso.

—Hable sin temor.

—¿Me lo promete V.?

—Se lo prometo; pero ¿tanto le teme?

—¡Ah, señor! en esta casa no hay quien no tiemble á su presencia.

—Pues todavía siento más curiosidad por conocerle. Vamos á ver, ¿dónde se encuentra?

—En una taberna que hay al cabo de esta calle, á la izquierda.

—Gracias, allá voy...

La portera lanzó una exclamación de extrañeza, y yo me encaminé á la taberna, tras cuyo mostrador estaba sentado el dueño.

—¿Está aquí el señor Alfonso? pregunté á éste.

—Almorzando en la trastienda, me respondió.

—¿Quisiera V. hacerme el favor de decirle que hay un sujeto que desea hablar con él?

—¡Alfonso! gritó el tabernero abriendo la puerta de la trastienda, convertida en una especie de gabinete particular.

—¿Qué hay? respondió una voz resquebrajada, en medio de otras voces avinadas de muchos hombres.

—Aquí está un caballero que pregunta por ti.

—Que entre.

—¿Quiere V. entrar, caballero? me preguntó el dueño de la taberna.

No había otro remedio que agacharse; demás, aquel tipo de criado me divertía.

—¿El señor Alfonso, criado de D. Manuel de...? pregunté al entrar.

Este título hizo sonrojar á un mocetón que se llevó la mano á la gorra, más por costumbre que por buena crianza, y el cual me respondió:

—Soy yo, caballero.

—¿Podría V. decirme dónde me sería fácil hallar á su amo?

—Mi amo, respondió Alfonso, sonrojándose de nuevo, está en casa de su cuya.

Al modo cómo aquel lacayo hablaba de Manuel, me sonrojé á mi vez.

Los compañeros de Alfonso echaronse á reír al oír el tono que éste imprimiera á su bufonada.

—¿A quién llama V. su cuya? pregunté con impasibilidad invulnerable; ¿será una sirvienta?

Y al decir esto fijé en Alfonso una mirada persistente para darle á comprender que no me hallaba dispuesto á aguantar una segunda imperpinencia.

Semejantes mentecatos, á mi entender, sienten, á pesar suyo, el ascendiente moral; porque el de que voy hablando, que era bastante corpulento para tragarse cuatro como yo, abandonó el tono chancero, y, quitándose la gorra, me dijo:

—A D. Manuel de... le hallará V. en casa de la señorita Antonia, calle de Provenza, n.º 19.

Llevé la mano al sombrero, salíme camino recto de la morada de la bailarina, me subí al piso que me indicaron en la portería, el tercero, y llamé á una puerta de terciopelo verde orillada de clavos dorados y adornada de un pomo de cristal.

—¿Está en casa D. Manuel de...? pregunté á la doncella que abrió la puerta.

—No, señor, me respondió ésta con cierta vacilación.

—¿Y la señorita Antonia?

—Tampoco.

—Hágame V. el favor de entregar esta tarjeta á don Manuel cuando venga.

—Está bien.

La doncella cerró la puerta, y yo me bajé poco á poco, convencidísimo de que la ausencia de mi amigo no era sino una consigna y de que iban á llamarme tan pronto hubiesen entregado á éste mi tarjeta. En efecto, no hube bajado veinte escalones cuando oí la voz de Manuel, que me decía:

—Sube; para tí siempre estoy visible.

Me subí otra vez, y cuando llegué al lado de Manuel, éste me tendió la mano, añadiendo:

—¡Cuán amable te muestras conmigo viniendo á visitarme!

—Pues á fe que no me ha costado poco indagar tu paradero.

—No tenías más que preguntarlo en mi casa.

—Esto he hecho.

Mientras íbamos hablando, Manuel me había conducido á un gabinete colgado de brocado amarillo, y hecho que me sentara al lado del fuego.

—Y bien, repuso mi amigo, ¿te han dicho en seguida dónde podías hallarme?

—Sólo tu criado conoce las señas de esta casa.

—¿Alfonso?

—Este; pero ¿sabes que el tal es un solemnísimo sin vergüenza?

Manuel se pasó la mano por la frente con gesto de impaciencia y añadió:

—¿No te ha dado la dirección de Antonia?

—Sí.

—Pues basta.

Como me pareció que á Manuel no le placía que le hablasen de su criado, me dí un punto en la boca respecto del particular, y le dije para cambiar de conversación:

—¿Sabes que estás muy bien aquí?

—Sí; pronto Antonia va á salir para el ensayo y te mostraré la casa.

—Señorito, dijo en este instante la doncella, abriendo la puerta del gabinete, la señora dice que vaya.

—Aguárdame un minuto, me dijo Manuel, levantándose y saliendo.

A los diez minutos de estar contemplando las mil fruslerías que componen el retrete de las mujeres en general y de las bailarinas en particular, oí cerrar estrepitosamente las puertas del comedor y del salón, y Manuel apareció de nuevo, con el gesto irritado, ó más bien ostentando en el rostro la desdicha.

—Si te incomodo, me voy.

—Al contrario, quédate, y cuanto más tiempo mejor.

Manuel dió un suspiro, cogió las tenazas y empezó

á hurgar la lumbre como hombre preocupado y que no sabe qué hacer.

—¿Ha salido Antonia? le pregunté.

—En este instante.

—¿Ensaya un baile nuevo?

—Creo que sí.

—Parece que esto te preocupa poco.

—En efecto, me es casi indiferente.

Y luego, al oír que llamaban á la puerta, añadió:

—Cállate.

—¿No quieres recibir?

—No.

Cinco minutos después entró la doncella, y dijo á Manuel:

—Es la modista de la señora.

—¿No le ha dicho V. que ésta había salido?

—Sí, señor; pero me ha contestado que volvería esta tarde.

Aquí Manuel dió un nuevo suspiro y la doncella se alejó.

—¿Quieres mostrarme la habitación? pregunté entonces á mi amigo.

—Ven, me respondió Manuel levantándose y con el gesto más aburrido que imaginarse pueda.

—¿Eres tú quien has dado este mueblaje á Antonia? le pregunté al entrar en el salón, blanco, cereza y oro.

—Todo cuanto hay en la habitación se lo he regalado yo. ¿Te gusta este salón?

—Es magnífico.

—Este es su dormitorio, dijo Manuel abriendo una puerta y penetrando él y yo en un aposento.

La indicada pieza estaba colgada de damasco azul, la cama y los muebles eran de palo rosa, y los cortinajes estaban labrados de encaje de Venecia, el más costoso de todos.

—¡Caramba! ¡caramba! dije, haces las cosas con todo rumbo.

—¿Verdad que es lindo este dormitorio? me preguntó Manuel, como si mi respuesta afirmativa hubiese debido disiparle algo su mal humor,

—Hechicero.

—¿Has visto el comedor?

—¿No es de tapicería y roble esculpido?

—Sí.

—Es precioso.

—Pues no queda más que ver.

—Bastante es. ¿Y cuánto...?

—¿Todo?

—Por supuesto.

—Cincuenta y siete mil francos.

—¿Y está pagado?

—¡Ay de mí! esto es lo que falta.

Llamaron de nuevo; oímos á la doncella como hablaba con alguno, y luego se cerró otra vez la puerta.

—Es el alquilador de carruajes, dijo la joven abriendo la del salón.

—¿Le ha dicho V. que yo no estaba en casa?

—Sí, señor.

—¿Qué ha contestado?

—¿Qué volverá mañana.

Entramos de nuevo en el retrete, y yo ocupé otra vez el asiento del que me levantara para recorrer la habitación, anheloso por saber la causa del profundo tedio en que parecía estar sumergido Manuel. Quizá la adivinaba, pero hubiera querido saberla de sus propios labios.

—¿Nunca vas á la calle de Taitbout? le pregunté, anudando la conversación.

—Nunca.

—¿Por qué?

—¿Qué quieres que vaya yo á hacer allá?

—Pues haces mal en conservar un criado. Alfonso se pasa la vida en la taberna y en ella gasta tu dinero.

—Ya lo sé.

—¿Por qué no le despides, pues?

- ¿Acaso me es posible?
- ¿Le estás debiendo algo?
- Sí.
- ¿Mucho?
- Mucho.
- ¿Cuánto?
- Cuatro mil francos.
- ¿Cómo se explica que estés debiendo cuatro mil francos á tu criado?
- Me ha prestado tres mil.
- ¿Y tú has tomado de ese hombre dinero á préstamo?
- Ello me ha sido preciso; y ahora comprenderás por qué nada me atrevo á decirle. Á no ser él, á estas horas ya me encontraría en Clichy.
- Manuel estaba en lo justo; de consiguiente bajé la cabeza.
- ¿Sabe Antonia cuanto acabas de decirme? repuse al cabo de unos segundos de silencio.
- Sí.
- ¿Y qué dice?
- Alborota.
- ¡Que alborota! ¿y para qué?
- ¡Voto á sanes! para que le dé dinero.
- ¿Y tú no tienes?
- En casa no hay veinte francos.
- ¿Y tu madre?
- ¿Mi madre? estoy reñido con ella.
- Es menester que rompas con esta vida, amigo mío.
- Halla cómo. Mi madre no quiere darme un céntimo; no sé ya á quién acudir para que me preste dinero, y debo treinta mil francos.
- En esto llamaron nuevamente á la puerta; pero esta vez el visitante no dejó que le despidiesen como á los dos precedentes, sino que le oí decir en voz que parecía grito: «Pues yo sé que su amo de V. está en casa y no me voy que no le hable.»

—Ese es el joyero, repuso Manuel dando un nuevo suspiro.

En verdad, mi amigo me inspiraba lástima.

La doncella abrió por tercera vez la puerta, y dijo en voz sumamente queda:

—Ahí está el joyero.

—Bastante le he oído.

—No quiere marcharse.

—Está bien; déjenos V.

Manuel se metió las manos en los bolsillos y empezó á pasearse de un cabo al otro del aposento como hombre que está á punto de volverse loco.

Al mirarle, comprendí el suicidio por deudas.

—¿Quieres que yo me encare con ese hombre? pregunté á mi amigo.

—Sí, ve, me respondió Manuel dando un salto de alegría al oír mi proposición.

—¿Qué quieres que le diga?

—Lo que se te antoje, con tal que se vaya y yo no le vea. Le he hecho venir ya más de cincuenta veces.

Me salí del retrete, y al llegar al comedor me encontré sentado al joyero, quien se levantó al verme.

—Caballero, le dije algo cortado, Manuel no puede recibir á V. en ese instante.

—Sin embargo, es menester que demos fin al asunto que me trae, repuso el honrado comerciante, que evidentemente vendiera sus productos á Manuel con un cincuenta por ciento de aumento y era tan exigente como si hubiese vendido á precio de fábrica. El señor de... me está debiendo seis mil francos hace un año, y esta es la hora que no he recibido un céntimo; así, pues, no me vuelvo que no me dé algo á cuenta, no sean sino cien francos.

Yo, que no traía encima los cien francos y sabía que Manuel no tenía ni veinte en casa, casi en son de ruego dije al joyero:

—Manuel está enfermo, y en este instante no tiene á la mano semejante cantidad; de lo contrario se la

daría á V. sin dilación. Como en la actualidad está en vías de ultimar sus asuntos, tenga V. un poco más de paciencia; yo en su nombre le prometo que antes de ocho días va á enviarle una partida á cuenta.

El acreedor pareció amainar, por lo que disparé la última andanada.

—Es menester que seamos algo indulgentes con los jóvenes, continué, ya que compran sin regatear y sin saber casi lo que hacen Vds., pues, los mercaderes, deben ser más razonables que no ellos. Esta tarde hablaré del crédito de V. con la madre de Manuel, y le garantizo que á no tardar va V. á recibir una contestación satisfactoria.

—Lo que á mí me exalta, repuso el joyero, más que el que me deban, es que se nieguen á recibirme. Si yo viese al señor de..., tendría paciencia; pero me humilla habérmelas con criados que me responden que el señor no está en casa, ó bien que acaba de salir, ó que se encuentra en el campo, cuando me consta que está aquí.

—Tiene V. razón, esto no está bien, y se lo afearé á Manuel.

—En V. fio, caballero.

—Vaya V. tranquilo.

—¿Antes de ocho días?

—Antes de ocho días.

—Que V. lo pase bien.

El joyero se salió, y yo me volví al lado de Manuel.

—¿Y bien? me preguntó éste al verme entrar.

—Se va, le respondí.

—¡Cuánto te lo agradezco! me dijo aquél tendiéndome la mano.

—No vale la pena.

—¿Qué le has dicho?

—Le he hablado; hablar con un acreedor es darle algo á cuenta. Sin embargo, procura enviarle algún dinero.

—¿Y tú crees que, de poder hacerlo, no les pagaría

á todos, aun cuando me viese obligado á pasar un año á pan y agua?

—Pero ¿no tienes tú bienes de fortuna?

—Dos casas.

—Toma sobre ellas alguna cantidad á préstamo.

—¿Acaso no lo he hecho ya? Además, mi madre me ha mandado á decir, pues yo no la veo, que de tomar un nuevo préstamo me quitará la administración.

—¿Cómo puedes vivir en medio de tales agitaciones?

—¡Qué sé yo!

—¿Tanto amas á Antonia?

—Nunca la he amado, y esto es lo peor. Tú ya sabes por qué la traje conmigo: para hacer rabiar á Enriqueta, venganza de la que hoy me veo duramente castigado. He derrochado el dinero con Antonia para aparentar que estaba enamorado de ella, y esto me ha traído al estado en que me encuentro.

—No me hablaste así en la Ópera.

—Y nunca te lo hubiera dicho, si no lo hubieses visto tú por tus propios ojos. La vida que llevo me abochorna.

—Es menester que la abandones.

—¿Cómo? ya te he dicho que era imposible.

—Sin embargo, raciocinemos.

—Á nada conducirá.

—¿Has agotado ya todos tus recursos?

—Todos.

—¿Me has dicho que ni siquiera tenías veinte francos en casa?

—Es la pura verdad.

—Tomemos las cosas por el lado peor. Mañana vas á quedarte sin un céntimo.

—Es indudable.

—¿Cómo vas á componértelas? ¿acaso quieres pe-recer de hambre?

—No, porque entre mis amigos, mi sastre, mi za-

patero, ¿qué sé yo? hallaré quien me preste doscientos francos, ciento, cincuenta, y todo seguirá todavía adelante. Alquilaré un palco, conduciré á Antonia al teatro y disfrutaré de paz por cuatro ó cinco días. ¡Te parece poco cuatro ó cinco días de tranquilidad! Ahí cómo vivo desde hace tres meses; y la prueba de que el hombre se acostumbra á todo, aun á esta existencia vergonzosa, es que hoy la soporto, y que si dos años atrás me la hubiesen pronosticado semejante, indudablemente habría preferido suicidarme. Es imposible adivinar á qué grado de abyección puede reducir á un hombre sin carácter una mujer destituida de corazón. Espanta decirlo; pero, de llevar un año más esta vida problemática, creo no repararía en medio alguno con tal de procurarme dinero.

—Si Antonia te llevase siquiera un poco de voluntad, le dije evadiendo contestar á las últimas palabras de Manuel, reduciría los gastos.

—Aun cuando me amase como Julieta amaba á Romeo, no podría hacer lo que tú dices.

—¿Cómo no! ¿y por qué?

—¿Á qué llamas tú reducir los gastos?

—¿Cuántos criados tenéis?

—Cuatro: una doncella que viste á Antonia en el teatro, una cocinera, un lacayo y un ayuda de cámara, sin hacer mención de Alfonso.

—Podrías suprimir dos.

—¿Cuáles?

—El lacayo y el ayuda de cámara.

—Debo quinientos francos al primero y mil quinientos al segundo. ¿Con qué les pagaría?

—¿No tienes un coche?

—Alquilado; me cuesta seiscientos francos al mes.

—Déjalo.

—Debo mil ocho cientos francos al alquilador, que hace poco ha venido, y si hago lo que tú me aconsejas no voy á poder quitármelo de encima.

—¿Cuánto renta esta habitación?

—Tres mil francos.

—Busca otra, y que Antonia se contente con una de mil.

—Debo seis meses, y existe un contrato para tres años. Estoy condenado al lujo, amigo mío.

—¿De nada te sirve tu habitación de la calle de Taitbout?

—Para alojar á Alfonso.

—¿También tienes contrato allá?

—No.

—¿Debes algo al propietario?

—Tampoco.

—Entonces déjala y vende los muebles.

—¿Los muebles? están embargados por mis acreedores.

—Deja que éstos los vendan.

—Bien será menester. Yo retardo cuanto puedo el momento inevitable pagando intereses y dando partidas á cuenta que pido prestadas no sé dónde; pero va á llegar día en que no pueda más.

—¿Estás firmemente decidido á romper con Antonia?

—Lo estoy.

—¿Y aun de salir de París si fuere preciso?

—También.

—Pues bien, ve á ver á tu madre y dile que haga un nuevo sacrificio de diez ó doce mil francos. No necesitas más para salir momentáneamente de apuros.

—Se negará á dármelos.

—No lo creas así.

—Por tres veces he echado ya mano de este ardido para conseguir dinero.

—Sin embargo, es indispensable que salgas del atolladero en que estás metido.

—Ya no sé qué hacer.

—Supongo que no tienes descos de arrojarte de cabeza al río.

—No afirmaría lo contrario,

—¿Quieres que me encargue de hacer entrar en razón á Antonia?

—Te desafío á que lo consigas.

—¿Á lo menos quieres que lo ensaye?

—¿Y qué te propones decirle?

—Nada te importa, con tal que te libre de ella.

¿Quieres que venga á verla mañana?

—Prefiero que vengas esta noche. Yo me saldré, y así te quedarás á solas con ella.

—¿No puedes salir también mañana por la mañana?

—No.

—¿Por qué? Me parece que aquí no te diviertes mucho.

—Es verdad, pero no puedo salir antes de que anochezca.

—¿Te persiguen?

—Cuando entreabro los visillos de mi ventana, tengo el gusto de ver algunos alguaciles que esperan á que yo salga.

—¿No han subido vez alguna hasta aquí?

—Ya lo creo; pero huí por la escalera de escape; y como el contrato está redactado en nombre de Antonia, y ésta declaró que no me conocía, no se atreven á subir de nuevo.

—¡Cuán menos debes de echar los tiempos de Enriqueta!

—Sí, los echo menos, te lo juro; y días hay, es decir, noches, en que me voy á pasear por debajo de sus ventanas para reanimar un poco mis esperanzas con su recuerdo. ¡Ah! se me había olvidado decirte que Antonia tiene madre; pero ¡qué madre, amigo mío!

## VI

Cosas hay que el mundo no sólo las ignora, sino que ni puede saberlas; y una de ellas es que cuando el hombre ha tenido la desgracia de darse por gusto ó por abandono, como con frecuencia acontece, á la vida que Manuel llevaba, llega momento en que los pequeños obstáculos de que éste acababa de hacerme especificada mención se agrupan de tal suerte, se sueldan tan fuertemente entre sí y forman un círculo tan apretado, que no dejan espacio para tomar aliento y salvarlos.

Pasaron ya los tiempos en que Abraham arrojaba de su casa á Agar dándole pura y simplemente una cántara de agua y un celemin de trigo. Hoy, cuando un joven ha vivido con una actriz; cuando se ha arruinado por ella; cuando de un quinto piso la ha hecho pasar á una morada alhajada con esplendidez; cuando ha embrutecido su juventud y cubierto de lodo su nombre con ella; cuando ha dispendiado uno á uno todos sus bienes para satisfacer sus caprichos, y ha puesto libertad, dicha y fortuna bajo la dependencia de una mujer vanidosa y corrompida; cuando ha roto con su familia y con todas las afecciones de su infancia; cuando para cubrirla de alhajas como á una virgen española, él se ha cubierto de deudas, tal vez habrá quien crea que el día en que al infortunado le demuestren que ya no le queda más que dar, éste puede abandonarla y decirle: Estamos en paz. ¡Qué error! aquella mujer se convierte en el más encarnizado de

los acreedores del infeliz, en el más terrible de sus enemigos. No amándole convertirá su amor en un arma; le acosará á escándalos y amenazas; inventará atrocidades respecto de él, y en torno de él sembrará calumnias suficientes para vulnerar su honra y mentiras bastantes para poner en riesgo su existencia. Semejantes relaciones le envolverán en procesos y le arrastrarán á duelos, y por más que viva no alcanzará á limpiarse del todo el fango en que habrá caído. Aquella mujer hallará el medio de dar á entender que el desventurado ha vivido á costas de ella, siempre contará con la cooperación de alguna mujer dependiente de ella que acreditará semejantes rumores, y en torno de ella habrá necios enamorados que los difundirán; ella le deshonrará, si puede, convirtiendo en arma cuantos disparates el joven haya hecho para darla gusto, y le herirá en todas las esquinas, cubierta, como un matón, con la máscara de todos los sentimientos levantados y dignos. No bastándole todavía esto, se fingirá celosa, y hará como que no puede familiarizarse con la idea de que su amante quiera á otra mujer, ó bien dirá: «Por él lo había sacrificado todo, costumbres, amigos y fortuna; porque si él no hubiese sido mi amante, no una, sino veinte veces hubiera yo encontrado una posición más brillante que la que él me proporcionaba; pero ¿qué quieren Vds. le amaba»; y la fementida halla quien preste crédito á sus palabras, y cuando el hombre que se encuentra en este caso pasa por la calle, le señalan con el dedo.

Ahora bien: ¿quieren Vds. saber qué sacrificios ha hecho aquella mujer por el hombre que con ella vivía?

Temerosa de que él lo supiera y no le cupiera entonces el derecho de abandonarla, ha rechazado, ó á lo menos pretende haber rechazado las proposiciones de medianeras que la habían solicitado para distracción de extranjeros transeuntes; esto es, ha sacrifi-

cado, suponiendo que ha dicho la verdad, tres ó cuatro mil francos, á la seguridad de percibir treinta ó cuarenta mil. Durante este tiempo su amante ha vivido en la más abyecta esclavitud: ha dado más fielmente cuenta á su querida de las más insignificantes acciones de su vida, que nunca la ha dado á su padre ó á su madre; ha visto todos sus sentimientos nobles, todos sus arranques juveniles y entusiastas, disiparse uno en pos de otro, pues ni la excusa del amor le quedaba; ha tomado aquella mujer para el goce y la conserva por amor propio; y la conserva, no para que sea suya, sino para que otros no la posean; pero acontece que el día siguiente al en que consigue abandonarla sabe que, mientras duraran sus relaciones con semejante mujer, ésta había sido la barragana de sus más íntimos amigos y de los más inmundos comiquillos; que todo el mundo le engañaba; que los criados que le debían el pan que comían eran los cómplices de aquélla, la cual compraba su silencio con algunas monedas de á cinco francos; que apenas él había vuelto la espalda, la doncella abría la puerta á otro hombre que aguardaba á que él saliese para entrar; que á sus ojos mismos se hacía un comercio de cartas y de citas, que él ni siquiera pudo sospechar; que las cartas en que citaban á su querida para los ensayos eran fingidas; que las jaquecas eran pretexto para alejar al amante, y, en fin, que se ha arruinado y comprometido por una mujer de quien, mientras él la mantenía, diez ó doce individuos tenían el derecho de decir que eran sus amantes.

El día en que el joven sabe todo cuanto llevamos dicho, empero, éste se siente tan orgulloso de haber roto semejantes relaciones, el aire que con libertad respira le parece tan vivificador, que ni fuerzas le quedan para maldecir de la mujer que le engañara, y aun al precio que lo ha pagado le parece haber salido del atolladero á poca costa.

Luego llega momento en que, cuando recuerda

todas las circunstancias de aquel tiempo, se pregunta á sí mismo cómo pudo pasarlo, y se desprecia á sí mismo al imaginar que ha sacrificado sus más floridos años y lo más puro de su corazón á corrupción tan torpe.

Con todo, lo más horroroso es que todo cuanto la mujer hace no obedece á la premeditación, ya que no sustenta la intención de arruinarnos, de comprometernos, ni de engañarnos. Esto no acontece sino de resultas de las necesidades, de los sobresaltos y del tedio inherentes á la vida que ella comparte; obedece á los consejos de los inmundos seres que componen sus amistades, y de los cuales en vano se la procura aislar; porque nunca falta un momento en que el hombre la toma, como un necio, por lo serio, y cree ser amado de ella y que el amor que la inspira va á purificarla. Pero la mujer de tal condición no sabe sino que ella tiene un amante que ha cometido la torpeza de asumir la responsabilidad de su vida, y que le es menester conservarlo, para conseguir lo cual emplea cuantos medios están á su alcance: de ahí las amenazas, los escándalos y toda la caterva de contratiempos que á esto sigue.

Si ella quisiese que su amante la tomase por esposa, es evidente que lo lograría; y si á él, para conseguir la tranquilidad no le quedara sino este medio, acabaría por emplearlo.

Interin, ella va diciendo en todas partes que el casamiento está pactado, con lo que crea á su amante la reputación de un idiota que va á prostituir por una mujer perdida el honrado nombre que de sus padres recibiera.

—Ahí ni más ni menos mi posición, dijo Manuel interrumpiéndome en este punto de mis reflexiones; y cuenta que todo cuanto acabo de consignar se lo diría á él. Antonia va diciendo en todas partes que yo voy á casar con ella, y para evitar escándalos dejo que diga. Días hay, como el de hoy, por ejemplo, en

que no tengo siquiera veinte francos, ni sé cómo procurarme dinero, y comparece una vendedora de telas ó de encajes, á la cual Antonia compra por valor de mil quinientos ó mil ochocientos francos con la misma indiferencia que si no tuviese más que tirar de su cajón para pagarlos. Y si me separo de ella sin haber pagado esta deuda y tantísimas otras contraídas por igual modo, voy á pasar por hombre sin vergüenza á los ojos de todos esos mercaderes, que si le venden es porque saben que yo estoy aquí y que respondo de todo cuanto ella compra.

Manuel se calló y dejó caer la cabeza entre las manos con desaliento que me dió tristeza.

—¡Oh! sé lo que vas á decirme, continuó mi amigo, al ver que me preparaba á dirigirle la palabra; vas á decirme que es necesario de toda necesidad que tal estado cese uno ú otro día, y vas á empezar de nuevo con tus consejos. Dame cuantos quieras; pero serán inútiles, tenlo por entendido.

—Te equivocas, le dije; no iba á eso.

—Entonces, habla.

—¿Me prometes que, si tuvieses dinero suficiente para pagar cuanto debes y separarte decentemente de Antonia, lo harías?

—Sí.

—¿Me lo juras?

—Te lo juro.

—Yo conseguiré ese dinero.

—¿Cómo?

—Con tal que lo consiga, lo demás no te importa,

—Pero ¿ya sabes cuánto necesito?

—Treinta mil francos.

—Á lo menos.

—Los tendrás.

—¿Á quién vas á pedirselos?

—¿Tienes empeño decidido en saberlo?

—Sí.

—Á tu madre.

—Te los negará.

—Pues yo estoy seguro de lo contrario.

—¿Cuándo picasas verla?

—Hoy mismo. Es preferible esto á que vea á Antonia y ensayar á que entre en razón. Reunirás á tus acreedores, les darás quince mil francos á cuenta, y solicitarás de ellos el plazo de un año para pagarles el resto. De esta suerte podrás separarte de Antonia, dejándola cinco mil francos en su cajón, á fin de darle tiempo de aguardar á tu sucesor, lo que no será largo; pagarás á Alfonso y le despedirás; satisfarás los gastos de embargo de tus muebles y los venderás, y con lo que te sobrare te irás á pasar tres ó cuatro meses en Italia ó en África, nueva Bélgica de la gente arruinada, á fin de que aquí no se te apodere el tedio que sigue siempre á una separación y que tú tan bien conoces. ¿Qué te parece?

—Magnífico.

—¿Apruebas el paso que voy á dar?

—Sólo temo que no logres tus propósitos.

—Mañana volveré.

—Y ¿por qué no esta noche?

—Porque no me cabe la seguridad de hallar á tu madre en su casa.

—Á bien que Antonia se encontraría aquí y tampoco podríamos hablar con libertad.

—Hasta mañana, pues, y punto en boca.

—Nada temas. Mañana á las dos te aguardaré aquí.

—¿Tu madre sigue viviendo en la misma casa?

—Sí.

—¿Calle de Verneuil?

—Número 26.

Despedíme de Manuel y me encaminé á la calle de Verneuil.

La señora de... no estaba en su casa, por lo que volví á ella el día siguiente, á la una.

Era la madre de Manuel mujer que frisaba con los

cuarenta y cinco, un poco gruesa, de cabello cano y de fisonomía bondadosa y distinguida, á la que formaban marco dos gruesos rizos. Llevaba la cabeza cubierta con una cofia, de la que pendían anchas cintas de terciopelo cereza; ostentaba un vestido verde mirto, y estaba leyendo sentada al lado del fuego.

Como yo no tenía la honra de que aquélla me conociese, para excusar mi visita me apresuré á decirle:

—Señora, soy amigo de Manuel.

—¿Acaso le ha sucedido alguna desgracia? me preguntó al punto la buena madre con interés que me pareció de buen agüero y colocando su libro sobre la chimenea.

—Por fortuna, no, señora, la respondí.

—Entonces ¿á qué debo su visita, caballero? continuó la madre de Manuel, poniendo serio el semblante y con voz que me desalentó algo.

—Señora, respondí, acometiendo de frente el asunto, Manuel es muy desgraciado.

—Él se tiene la culpa, caballero.

—Es cierto; pero, por cualquiera causa que sea, lo es.

—Y ¿qué quiere V. que yo haga?

—Quiero, señora, ó más bien deseo, que por última vez le saque V. de apuros.

—Es imposible, caballero; Manuel goza de una renta personal de quince mil libras, y se ha empeñado de tal suerte y á tipos tan onerosos, que no sólo los intereses le absorben sus entradas, sino que minan ya su capital. Por tres veces ha acudido á mí, y otras tantas le he prestado ayuda, creída de que cumpliría la palabra que me había dado de que iba á cambiar de modo de vivir, pues la existencia que lleva es envilecedora; pero las tres veces me ha engañado. Esto tal vez sea muy chistoso en las tablas de un teatro; engañar á una madre en provecho de una mujer de ópera, obligarla á economías á las cuales no está acostumbrada, para satisfacer los caprichos de una